

Auto Educación y Acompañamiento

Juan Luís Moyano Walker, S. J.¹

El entronque entre la animación pastoral de las comunidades cristianas de base y la educación popular es ya en América Latina un hecho macizo. Las experiencias que se acumulan son cada vez más numerosas. Aunque el Trabajo Social en la práctica no ha permanecido ajeno a ellas, han sido muy escasos los esfuerzos realizados en las últimas décadas por pensar desde el mensaje evangélico el proyecto profesional alternativo. El artículo que aquí damos a conocer apunta a la renovación de esta necesaria reflexión. Creemos, como su autor, que "él esfuerzo de servir a nuestro pueblo y de aprender de él nos une en esta búsqueda a todos los comprometidos en el Trabajo Social". Y esperamos, como él, "que por medio de Acción Crítica se prolongue un diálogo amplio entre los centros y equipos que en toda América Latina acompañan la lucha del pueblo por su liberación".

Necesidades populares y respuestas parciales

En la vida de las organizaciones populares -de las comunidades cristianas de barrios marginales y de las instituciones que requieren servirlos- surgen diariamente situaciones, problemas y dramas humanos que por su amplitud se hacen imposibles de abarcar, no sólo para las personas individuales sino aún para las mismas organizaciones.

Ninguna organización puede enfrentar adecuada y eficazmente al mismo tiempo problemas de salud, vivienda, trabajo, educación, alimentación, etc. Inclusive si se optara por dar prioridad a una de tales áreas, esa misma organización, comunidad o institución se encontraría en poco tiempo ante el conflicto de negar ayudas concretas a otras necesidades o seguir abriendo nuevos frentes de trabajo. Si decidiera abrirlos, sin embargo, lo más probable es que su nivel de organización no permita atender simultáneamente tal proliferación de frentes. La dispersión de las acciones traerá pérdida de eficacia, y ella la frustración consiguiente.

¹ El Padre Moyano es licenciado en Filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina), y en Teología en Frankfurt (Alemania). Ha publicado algunos trabajos sobre Educación Popular. Se le puede escribir al Apartado 127, Ilo (Moquegua, Perú).

La opción contraria -dejar de lado los pedidos que se multiplican sin cesar- conduce también y quizás más directamente, no sólo a la frustración, sino al casi siempre inevitable acoso de estériles sentimientos de culpa.

¿Cómo enfrentar este conflicto permanente? ¿Existen pistas de solución?

En estas páginas intentaremos reflejar algunas interrogantes surgidas desde la práctica de acompañamiento a organizaciones y comunidades por parte de un equipo de Educación y Pastoral Popular que actúa en el puerto de Ilo, al sur del Perú. Sin embargo, no partiremos de la realidad concreta de esta ciudad, sino de los planteamientos generales que esa realidad nos ha obligado a hacernos en nuestra práctica.

Podríamos enumerar muchos aspectos que nos cuestionan permanentemente como asesores, promotores, trabajadores sociales o agentes pastorales, y que están directamente ligados a esta cuestión: la tensión entre respeto a la autonomía y ayuda a la toma de conciencia crítica; la elección del núcleo de cada organización al que se atiende prioritariamente, si a los líderes (quienes suelen ser los que tienen mayor nivel de educación, y aún económico), a los más pobres y marginados; atender al nivel masivo o dar preferencia a los grupos que pudieran asumir la dirección, etc.

En todos estos casos se trata de acentos o matices en una tensión que nunca puede permitirse quedar en uno solo de los polos. Somos concientes de que en todos estos cuestionamientos vamos avanzando a tientas; que sólo percibimos pequeñas luces, a veces desde los errores cometidos.

La tentación del asistencialismo

Nos toca acompañar de cerca una infinidad de pequeños dramas cotidianos de los cuales una gran proporción se produce por la ausencia de medios económicos mínimos.

No hay clubes de madres, comunidad cristiana, posta médica o grupo juvenil en el que dejen de aparecer estos pedidos o necesidades que nos impactan y cuestionan todo nuestro esfuerzo. Son cientos de familias las que no tienen trabajo estable y a quienes apenas alcanza para comer; por esto, cuando surge el menor inconveniente (enfermedad, huelga, fin de un trabajo temporal), es su misma supervivencia la que queda amenazada. No pocos de los problemas humanos de estos hogares nacen o se agudizan en este contexto: crisis de pareja, niños que apenas ven a sus padres, alcoholismo, machismo, etc.

Pero, así como no es posible para ninguna organización o institución responder simultáneamente a todos estos problemas con eficacia a nivel global, del mismo

modo no se puede atender a cada caso sin criterios que nos permitan saber si verdaderamente ayudamos a la gente o si mantenemos y oficializamos una situación sin intentar superarla en sus raíces.

Aquí es donde surge el peligro de caer en actitudes asistencialistas, movidos por la necesidad evidente y por la urgencia de dar algún tipo de respuesta. Así, podemos conseguir medicinas para un niño, dar una ayuda económica para alimentar a una familia entera sin trabajo, comprar útiles escolares para una familia que no pensaba enviar sus hijos a la escuela por falta de dinero, etc.

Nuestra concepción de Educación Popular parte del supuesto de que el pueblo tiene la capacidad de auto educarse, de ir encontrando las soluciones globales mientras va organizándose para responder a las situaciones concretas e inmediatas. Esas soluciones globales implican, por una parte, actitudes de confianza en las propias fuerzas, de solidaridad grupal y comunitaria, de superación de las tendencias a la pasividad y al individualismo, de autonomía, asumiendo propuestas propias y no dependiendo siempre de lo que el asesor u otros proponen o deciden.

Por otra parte, para poder dar soluciones globales es necesario tener una visión de conjunto de la complejidad de los problemas, ser capaz de llegar a las mismas estructuras económicas y socio-políticas que están detrás de esos conflictos humanos; y también tomar conciencia de las formas de legitimación ideológica que adopta el sistema vigente, así como de la necesidad de un análisis crítico de las alternativas posibles.

Las actitudes y respuestas asistencialistas niegan la posibilidad de que los sectores actualmente segregados y oprimidos puedan alcanzar una alternativa autónoma y -concientemente o no- los miran desde arriba, como a menores de edad.

Por eso, al dar la solución ya elaborada en la que el receptor no participa, se impiden tanto el crecimiento de la conciencia y la autovaloración, como la posibilidad de darse cuenta de que esa ayuda no resuelve sino posterga el problema de fondo: ataca los síntomas, más no la enfermedad.

De ahí que cuando un educador popular se deja llevar emotivamente por respuestas asistencialistas está manteniendo a esas personas, familias o grupos, en su aislamiento y dependencia: no se molestarán en organizarse para lograr algo en común, en movilizarse para exigir un derecho básico que se les niega.

Este mismo efecto lo producen los caudillismos en las organizaciones populares, y el paternalismo de las instituciones de ayuda o promoción; ambos dejan de lado al pueblo, niegan su participación y su capacidad.

Una opción de equipo

Cuando comenzamos como equipo de Educación Popular, asumimos una posición clara, y que la gente aceptó como un hecho: nuestro aporte no iba a ser de ayudas inmediatas sino a nivel educativo (cursos de capacitación técnica, asesorías, bibliotecas, medios de comunicación, etc.).

Llevamos casi 10 años de presencia y la mayoría de los pobladores y de las organizaciones populares nos sienten cercanos y a su servicio; ya somos parte del movimiento popular ileño.

El presupuesto de esta opción es doble. En primer lugar, creemos que nuestro pueblo tiene tanta necesidad de crecer en conciencia y organización como de enfrentar los desafíos de la alimentación, vivienda, trabajo, etc. No se puede separar un aspecto del otro.

En segundo lugar, no estamos en capacidad de dar respuestas serias a todos los problemas estructurales, ya que éstos requieren un presupuesto y un poder político que están absolutamente fuera de nuestro alcance.

Como decíamos antes, si damos dinero o alimentos a una familia o a una población con hambre, sin enfrentar el problema de fondo, creamos un estilo de dependencia y pasividad que deja a esa familia o esa población en peor situación una vez que cesa esa ayuda.

En una sociedad en que los problemas de asistencia material son casos aislados, hay muchos modos de resolverlos: recurriendo a vinculaciones personales o institucionales, o canalizándolos a organismos estatales. Es sólo un momento de solidaridad necesario para retomar la vida normal de la comunidad. Lo mismo sucede en situaciones masivas extraordinarias (terremotos, inundaciones, etc.). Además de tratarse de un socorro imprescindible, siempre hay maneras de evitar que esa situación de emergencia genere un estado de dependencia.

Consideramos que la situación es cualitativamente distinta cuando no se trata de casos aislados o extraordinarios, sino de la realidad cotidiana de la mitad o un tercio de la población. En Ilo, por ejemplo -puerto de pescadores y grandes embarcaciones-, enseñar a pescar no resolvería el problema: la gente seguiría sin encontrar dónde aplicar las técnicas aprendidas.

Aquí es donde se ahondan los cuestionamientos personales e institucionales. Tenemos claros los criterios, pero esto no puede tranquilizarnos cuando vemos perpetuarse la angustia del que no tiene.

En parte tratamos de responder a esas necesidades urgentes derivando los casos aislados que se nos presentan hacia las organizaciones que acompañamos

(centros femeninos, directivas barriales, comunidades cristianas, etc.) para no crear dependencia y fortalecer la organización. Si es necesario damos una ayuda económica no pública para que la organización pueda resolver el problema.

Como respuesta grupal hemos destinado, al interior de nuestro equipo, un pequeño porcentaje de nuestros sueldos como aporte voluntario a un fondo especial, al que recurrimos en estos casos. El modo del aporte se procesa en común; intentamos así que el personalismo paternalista no transforme el acto solidario en asistencialismo.

¿O asistencialismo o des humanización?

Mientras canalizamos estos pedidos hacia las organizaciones descubrimos que el asunto no es tan simple. Vienen a pedir medicinas para un niño que está grave y las señoras del Centro Femenino no se reúnen hasta la próxima semana, el secretario general de la Directiva Central está trabajando y los demás no asumen la responsabilidad. ¿Entregamos o no el dinero para las medicinas?

Si lo hacemos en varios casos seguidos, como las necesidades son tan amplias y generalizadas, la gente se pasa la voz. En poco tiempo tendremos 10 ó 20 casos diarios, como ocurre con una comunidad de religiosas que decidió responder afirmativamente a este tipo de pedidos.

Si optamos por ayudar a una familia que está pasando hambre, ¿por qué a ésta que se anima a pedir y no a otras 20 ó 50 más necesitadas del mismo barrio y que no se atreven a hacerlo?

Es cierto que no podemos caer en un fácil sentimentalismo que nos ciegue ante el daño que podemos hacer a mediano plazo a las personas y a las organizaciones populares. Pero la alternativa parece ser encerrarnos en actitudes principistas que nos deshumanizan.

No podemos decir que, para no crear dependencia, no le damos ayuda a una mujer a la que se le está muriendo su hijito por falta de medicinas. Frente al drama de la sobre vivencia, esta actitud ni humana ni cristianamente puede dejar tranquilo a nadie.

Cuando el otro se convierte en mi hermano, en el sentido más fuerte de la palabra, alguien al que quiero y al que me siento unido por lazos iguales a los de la sangre y el afecto, me siento solidario con él en su sufrimiento, sufro con él y busco soluciones eficaces.

Pero, ¿qué pasa cuando son miles los "hermanos" y nos enfrentamos impotentes a situaciones estructurales sin remedios visibles? ¿Qué sentimos cuando somos económica y socioculturalmente privilegiados?

Podemos aceptar los límites de nuestras posibilidades, dejar intocados repetidamente los dramas humanos que suceden a nuestro lado, podemos resignarnos ante la dureza de la realidad y así iremos progresivamente cauterizando esa herida. En poco tiempo la gente no acudirá más a nosotros. Pero esto no elimina esa realidad; nuestro hermano sigue ahí sufriendo. ¿Cómo dejarnos sacudir y cuestionar sin negar la validez de una opción parcial de servicio a ese pueblo como es la educativa, sin caer en el simplismo de que el único camino posible es la respuesta inmediata y todas las demás son alienaciones egoístas?

Desde la comunidad.

Si bien estas preguntas no tienen una respuesta única y universalmente válida, hay algunas pistas que hemos ido encontrando en nuestra práctica de acompañamiento y que nacen del mismo pueblo.

- En primer lugar, la enorme reserva de solidaridad que muestra nuestro pueblo ante el dolor y la necesidad. La gente saca de donde no tiene para ayudar a una familia a enterrar a un muerto, dar de comer a unos niños huérfanos o comprar medicinas.
- La creatividad popular para resolver comunitariamente estos problemas; casi inmediatamente surgen las colectas casa por casa o las actividades pro-fondos de solidaridad, las comisiones espontáneas, etc.
- La capacidad de no dejarse ahogar por lo inmediato. Aunque se asume esos sufrimientos de gente muy cercana, se persevera en otros objetivos también vistos como necesarios para una vida integral: colegio para sus hijos, grupos para reflexionar su fe, asociaciones culturales y folklóricas, campos deportivos, etc. Son las mismas señoras que se enternecen ante el problema del entierro de un niño cuyos padres no tienen ni para pagar el cajón, las que no usan los fondos de la cooperativa escolar o el comedor popular, sino que buscan otros modos de ayuda.
- La necesaria fortaleza para convivir diariamente con el dolor sin desesperar ni endurecerse negando esa realidad.

Sin embargo, en su mayor parte, en estas reacciones prevalece el inmediatismo y una actitud parcialmente asistencialista de dar la ayuda desde fuera, lo que no fortalece esos gérmenes de organización ni permite la búsqueda de soluciones integrales.

No se trata de combatir o menospreciar estas reacciones solidarias inmediatistas, sino de sugerir pistas de canalización hacia el fortalecimiento de la organización, hacia la conciencia de las raíces y la amplitud de los problemas y la exigencia de soluciones globales.

- Partiendo de esos gestos de solidaridad espontáneos (colectas canastas de alimentos, rifas, etc.) debemos apoyar a la comunidad en su reflexión y en su

camino hacia formas de acción de un grado superior; reforzándolas si las hay o creándolas: comedores populares, comisión de apoyo a la posta médica, o a botiquines comunales, clubes de madres, dar vida a la secretaría de asistencia social de la organización, etc.

- En esa misma práctica, lograr niveles de reflexión grupal para ver los condicionamientos reales de la falta de trabajo y de servicios. Llegar a sus raíces en las estructuras económicas y socio-políticas del sistema, asumiendo que es posible modificar esa realidad y que es responsabilidad de todos. Para esto analizar el rol que juegan los distintos actores sociales y cómo se va estructurando el movimiento popular. Puede ser útil estudiar las respuestas de los diversos partidos políticos ante estos problemas, así como los intereses que están en juego.

Desde el seguimiento de Jesús

Como equipo cristiano de Educación Popular, quizás hubiéramos debido comenzar por aquí para ver nuestra actitud como cristianos; sin embargo, la multiplicidad de opciones contrapuestas que invocan a la misma fe nos indicaban la conveniencia de aclarar primero los términos del problema y el contexto social en el que se vive tanto esa fe como ese conflicto entre ayuda inmediata y crecimiento personal y grupal.

Antes de apuntar algunos elementos que nos ayuden en la reflexión, es importante recordar que no le podemos pedir a Jesús de Nazaret, en el primer siglo de nuestra era, una claridad sobre formulaciones políticas y económicas que alcancen la dimensión estructural, ya que este es un aporte de las ciencias sociales del último siglo y medio. Pero sí podemos descubrir actitudes y valores, ver cómo en su actuar afirma lo positivo del hombre, infunde ánimo, respeta, no crea dependencia.

- En la práctica de Jesús tenía una clara prioridad el anuncio a nivel masivo para su pueblo del Reino de Dios y la proclamación de sus exigencias de vida en amor y fraternidad. Es una misión eminentemente educativa, de formación de la conciencia religiosa con sus necesarias consecuencias sociales y económicas.

- Para Jesús esta tarea es inseparable de la organización de una comunidad que vive en función de estos valores y de la solución de los problemas humanos más inmediatos que se le presentan.

Es durante su predicación, al ir recorriendo los pueblos de Galilea, y en la misma práctica de signos milagrosos: curando enfermos físicos y psíquicos (endemoniados), y dando pan a los que tienen hambre, que va formando el núcleo de futuros dirigentes de la comunidad.

- Para Jesús esos gestos milagrosos eran signos del poder de la fe y del amor; no pretendían ser un programa social ni soluciones definitivas a problemas que se asumían en su complejidad. Hubo enfermos no curados por Jesús y siguió habiendo gente con hambre mientras Jesús predicaba y después.

-Como tenía clara su opción de invocar la fe en Dios y a los valores del hombre mismo (recordar los criterios para el juicio final en Mt. 25, 31), Jesús no temía los efectos negativos de esa ayuda circunstancial. Era consciente de que la motivación de muchos de los que lo seguían estaba más en la expectativa de gestos milagrosos que en una fe que llevara a un cambio radical de vida.

-Para él, cuando existía esa actitud de amor y solidaridad profunda, los errores y aún los criterios falsos se irían corrigiendo en el mismo camino. Hay que saber distinguir el valor en sí de la generosidad y la entrega, de los efectos sociales que estas acciones concretas puedan tener.

En el asistencialismo hay siempre un valor de solidaridad y sensibilidad, pero que no tiene en cuenta los efectos globales de su acción.

No se trata de un problema ético, ya que se presupone una buena voluntad que no es consciente del peso de las estructuras y sistemas sociales. Se trata de lograr que esos valores nos ayuden a avanzar en conciencia, organización y relaciones humanas solidarias, maduras y eficaces hacia una sociedad más justa y más fraterna.

Un tema abierto

Una vez que se plantea el tema con un horizonte más despejado, y teniendo en cuenta que no basta la buena voluntad para que la respuesta sea eficaz, se relativiza la valoración de cada gesto en sí mismo. Una respuesta idéntica puede ser asistencialista si se da aisladamente o puede ser un paso adelante en un planteo global de tratamiento del asunto por la comunidad.

Uno de los elementos claves es la búsqueda de coherencia personal y grupal entre lo que se afirma y lo que se vive. Es posible solidarizarse con situaciones de privación y sufrimiento aunque uno no viva esa misma necesidad, pero esto exige una actitud mucho más crítica respecto a las motivaciones y valoraciones propias.

Una claridad teórica sobre los peligros del asistencialismo deja sin tocar la pregunta sobre las posibles formas de solidaridad personal o comunitaria con esos miles de desamparados junto a los que pasamos diariamente a su lado sin animarnos a mirarlos en la cara.

La alternativa no es despertar sentimientos de culpa; antes bien, combatirlos, y hacerlo buscando canales para esos sentimientos de solidaridad e impotencia que descubrimos constantemente en nosotros mismos y en los integrantes de grupos y comunidades.

Tampoco la opción de pobreza personal como respuesta solidaria resuelve totalmente el cuestionamiento; en cierto modo lo traslada a otro nivel. Toda pobreza es relativa a un contexto social, ya que siempre habrá otro más pobre y con más hambre que yo. Ese gesto de identificación es fundamental para comprender los

sentimientos y padecimientos del pobre, pero no necesariamente implica que se encontrará las soluciones más positivas.

Lo esencial es ser conscientes de la polaridad entre el peligro de un asistencialismo ineficaz y adormecedor, y una actitud que, con principios más claros, puede deshumanizarnos al parar de largo ante los padecimientos de los hombres y mujeres que nos rodean.

La respuesta no debe pedírsele a los intelectuales desde fuera, sino que debe buscarse en el mismo grupo (organización popular, comunidad cristiana, equipo de Educación Popular o parroquial). El rol del intelectual o del promotor será aportar elementos que permitan ver la globalidad y complejidad de cada situación.

El proceso debería partir del acompañamiento a esa generosidad y creatividad de nuestro pueblo y desde allí ir gestando nuevas formas.

Ir de lo pequeño y sectorial a lo más amplio y global, promover organizaciones y espacios de reflexión y acción entre distintos grupos, barrios y con otros sectores.

No podemos instalarnos en una respuesta ya dada. El desafío permanente que significa el sufrimiento de un pueblo entero nos debe impulsar siempre a buscar nuevas formas y caminos.

El ejemplo de Jesús puede ser iluminador. El había tomado como nosotros, una opción por la tarea educativa y de anuncio; pero lo hacía sin prescindir del mundo de las necesidades primarias. En su ejemplo no encontraremos programas hechos de salud o alimentación, pero sí podremos descubrir la fuerza transformadora del amor y la fe. Esa es la pista, el camino abierto.